

NICARAGUA O EL DESPLOME DE LOS PROTECTORADOS

Cuando la ORIT aprobó conjuntamente un boicot contra Chile y Nicaragua, a fines del año pasado, quedó al descubierto el comienzo de una audaz maniobra internacional. Se iniciaba así una movida política y publicitaria, revestida de ropaje sindical, para asimilarnos a la Nicaragua de Somoza. La caída de éste, que ya era simple cuestión de tiempo, se extrapolaría oportunamente a Chile, procurando crear práctica y psicológicamente una situación de inestabilidad para el Gobierno del Presidente Pinochet. Los hechos se aproximan hacia la culminación de dicha estrategia. El régimen somocista se ha desplomado definitivamente, y de inmediato se advierten signos inequívocos de que la presión norteamericana contra nuestro país ha resuelto jugarse a fondo. El abrupto transbordo del Pacto Andino hacia un bloque político, que en Nicaragua acaba de jugar una carta intervencionista contraria a los principios mismos que dieron vida y rigen a la OEA, completa el telón de fondo del escenario en que se intenta montar un nuevo operativo internacional de vastos alcances en contra del régimen chileno.

¿Qué elemento objetivo hay, sin embargo, para situarnos "en corral" con Nicaragua, y pretender para el actual proceso chileno un desenlace semejante al de la dinastía de los Somoza?



Absolutamente ninguno. Y por ello es que la maniobra internacional que ahora se fragua en contra del Gobierno que preside el General Pinochet, cualquiera que sea su osadía y envergadura, está marcada por el signo del fracaso.

No se trata aquí de hacer un inventario de las diferencias fundamentales que nos distinguen en todo sentido de Nicaragua, país donde un analfabetismo que supera el 70% de la población y una secular y aguda pobreza de sus habitantes, contribuyen a la más completa ausencia de cultura política.

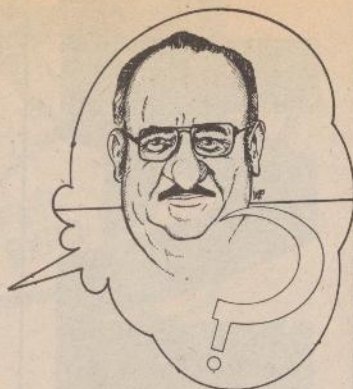
Lo más importante es subrayar que la dinastía Somoza fue la obra de los Estados Unidos, desde su instalación hasta su derrumbe. Durante más de cuatro décadas, la conducción política norteamericana inspirada por el Departamento de Estado, amparó a un régimen que enajenó la soberanía de Nicaragua, en beneficio de apetitos económicos y afanes imperialistas de origen estadounidense. La corrupción, convertida en base del poder somocista y en escuela de acción para ese y otros gobiernos centroamericanos, no fue obstáculo para su estrecha convivencia con los Estados Unidos. Los Somoza eran "los hombres de la Casa Blanca" para Nicaragua. Ahí estaban, siempre dóciles frente a aquella e implacables ante su pueblo, para disfrutar de su inmoralidad, bajo el amparo que les brindaba la amistad de quienes manejaban "la metrópoli" en Washington.

Lógicamente, cuando arreció la embestida guerrillera de

los sandino-comunistas, el Gobierno de Nicaragua carecía de toda fuerza interna, moral y material, para resistirla por sus propios medios. Un pueblo carente de la más elemental conciencia cívica, miraba la subversión incluso con explicable simpatía, y aparte de la resuelta —pero limitada— Guardia Nacional, expresión institucionalizada de los favoritismos somocistas, nadie estaba dispuesto a luchar por el antiguo régimen. Sólo el "imperio" podía salvar a Somoza. Pero el quiebre moral era ya demasiado profundo, como para que el Departamento de Estado pudiera seguir defendiendo lo indefendible; ante el pueblo norteamericano y el debilitamiento político de los círculos gobernantes de los Estados Unidos ha sido demasiado fuerte, como para permitirle forjar una alternativa de acción eficaz y diferente.

El declinante "imperio" ha debido limitarse a ver cómo una de sus colonias políticas era "independizada" de su control, para caer en manos de quienes inexorablemente arrastrarán a Nicaragua a la órbita de influencia —o de manejo directo— del imperialismo soviético. Igual que hace 20 años en Cuba, con el agravante de que en este caso el Gobierno de los Estados Unidos ha sufrido además la humillación de tener que participar activamente en el derrocamiento de su viejo amigo, y enseguida ofrecer su "ayuda" a quienes no la quieren y no estarán dispuestos a aceptar el condicionamiento político implícito que ella envuelve.

La sola descripción esbozada,



permite advertir que el actual proceso político chileno no sólo no tiene ni la más remota fuente de asimilación válida con el caso nicaragüense, sino que más bien representa su antítesis.

El movimiento militar del 11 de Septiembre fue la coronación de una lucha memorable de un pueblo de larga tradición cívica y democrática, para preservar la libertad amenazada por el gobierno marxista de la ex Unidad Popular. Y porque fue una respuesta a un clamor consciente y auténticamente nacional, el régimen surgido ese día no pudo ser modelado por ninguna presión foránea.

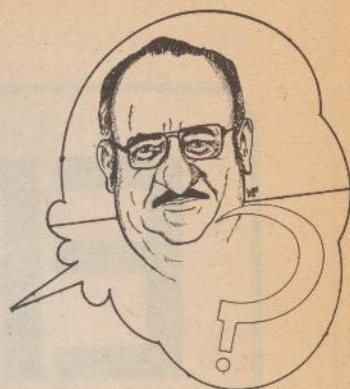
Muy por el contrario. El camino chileno de estos seis últimos años, se ha recorrido bajo el liderato político de uno de los hombres más resistidos por los centros políticos de poder internacional. Pero mientras mayor ha sido la virulencia con que le han atacado, más vigorosa ha surgido la resuelta decisión de nuestro pueblo de apoyar al Presidente Pinochet, como símbolo del 11 de Septiembre y conductor del proceso hacia una nueva institucionalidad política, económica y social.

Por otro lado, el contenido de ésta no sigue modelo extranjero alguno, y su éxito —aparte de su valor intrínseco— por el respaldo que el actual Gobierno ha tenido de parte de la gran mayoría del pueblo chileno y por el baluarte que para él significan unas Fuerzas Armadas y de Orden que lo sostienen con todo el prestigio de su capaci-

dad profesional, de su disciplinada cohesión y de su indiscutida honestidad.

No nos mueve sentimiento alguno de carácter anti-norteamericano. Son muchos y muy profundos los vínculos que nos ligan a esa gran Nación y a su pueblo, y que trascienden nuestra desilusión frente a la ceguera que desde hace largo tiempo prevalece en su conducción política, y que parece haber llegado hoy a su más grave crisis.

Pero el hecho de saber y sentir que nada de lo que en este último sexenio hemos sido capaces de realizar, se lo debemos a Estados Unidos, y que más aún todo lo hemos llevado a cabo en medio de la incomprensión o la hostilidad de la mayor parte de sus capas gobernantes, nos reafirma hoy en la confianza del triunfo de nuestra propia senda, como genuina expresión de intransable soberanía. La altivez del pueblo chileno vuelve a hacerse presente para afrontar la presión foránea, y repudia el intento de algunos pequeños sectores de antiguos políticos por aprovecharla en su propio beneficio. La experiencia reciente de Chile y de otros países del mundo, es demasiado aleccionadora en cuanto al final de las "alternativas" que busca imponernos la presión norteamericana, como para que sus solícitos representantes chilenos encuentren algún eco significativo en una Nación que se caracteriza por su reciedumbre, su madurez y su dignidad.



R